

# EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.



Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA. — Un número suelto un real.

## SUMARIO.

VIAJES: UNA EXCURSION Á CHINA, por M. Pablo Raymond  
 EL PAJE FLOR DE MAYO, por M. Ponson du Terrail.  
 LA CONDESA BRIGNOLE.  
 UNA ACTRIZ CARMELITÁ, por M. A. de Lavoipierre  
 BIOGRAFÍA.  
 CRÓNICA DE LA GUERRA DE ITALIA.  
 LA CIENCIA PARA TODOS.

## VIAJES.

### Una excursion á China,

POR M. PABLO RAYMOND.

(Conclusion.)

Ayer nos paramos para ver pasar una procesion de bonzas que volvian á su convento, despues de una romeria á un arco triunfal, erigido en honra de una señorita china que habia renunciado al matrimonio para dedicarse exclusivamente á cuidar de sus padres ancianos y achacosos. Las bonzas reconocian en ella una virtud que debian practicar con preferencia, porque la regla de su orden las obliga al mas estricto celibato. Los votos de estas religiosas no son eternos; para ser bonza basta cortarse de cierto modo el cabello, y para dejar de serlo, se limitan á dejarlo crecer como antes.

Cuanto mas nos internamos por el pais es mas prodigioso el número de pagodas que vemos por todos lados. Se dice que hay mas de diez mil únicamente en el distrito de Pe-kin; casi todas son de construccion moderna y por lo general mas extrañas que imponentes, pues en el conjunto así como en los detalles de su ornato, el artista dá ante todo rienda suelta á los caprichos de su imaginacion. El crecido número de templos es un argumento en pro del espíritu religioso de los chinos; en este país son tolerados todos los cultos, en principio al menos, porque el gobierno pone algunas veces á este principio terribles y sangrientas restricciones, como lo demuestran sus persecuciones contra el cristianismo. Las tres religiones oficiales son: la de las letras, cuyo patriarca es Confu-



¡Ah! hizo el caballero con forzada sonrisa; gracias por vuestra atenta visita. (Pag. 283, col. 1.ª)

cio; los doctores de la razon, que siguen los preceptos de Lao-tze, y la religion de Fo, que es el budismo indio, introducido en China en el siglo primero de nuestra era por los emperadores de la dinastia de los Han. Hé aquí el decálogo del budismo que podrá darnos una idea de esta religion:

No matarás.  
 Respetarás lo ajeno.  
 Vivirás castamente.  
 No levantarás falso testimonio contra el prójimo.  
 No mentirás.  
 Te abstendrás de juzgar.

Evitarás las palabras impuras.  
 Serás desinteresado.  
 No te vengarás.  
 No incurrirás en la supersticion.

No creo que los hijos del profeta del budismo hagan gran caso de esta última recomendacion, porque la noche pasada cuando íbamos á entregarnos á las delicias del sueño, tras una larga y fatigosa jornada por un país montuoso, no nos dejó descansar un estruendo terrible compuesto de gritos, lamentos, imprecaciones, muebles rotos y disparos de cohetes.

—¿Cuál puede ser la causa de semejante tumulto? pregunté á M. Stipple, ¿se habrán apoderado acaso los rebeldes de la ciudad?

—Pronto vamos á saberlo, me respondió dando un silbido; voy á llamar al fiel Fi-Kyo.

El fiel Fi Kyo se presentó.

—¿Sabes, le pregunté, si hay algun enfermo en la posada?

—El alma del posadero está á punto de separarse de su cuerpo.

—Bien: fiel Fi-Kyo, vuelve á acostarte, pues no deseo saber mas. Nosotros, amigo Hang-Tsee, hemos de resignarnos á pasar la noche en vela, á no ser que el alma del posadero se decida á entrar otra vez en su cuerpo, que sin duda ha abandonado. Ya que no podemos dormir, vamos á ver una caza de alma, lo cual nos distraerá.

Nos vestimos y bajamos por una escalera de madera.

—Aquí, exclamaba un chino con un farol en la mano, aquí estará el alma de nuestro amigo!

Y todos los chinos acudieron precipitadamente y empezaron á dirigir al alma las mas tiernas y patéticas súplicas para que volviera á su antiguo domicilio.

— Ven por aquí, alma preciosa, decía el del farol, ya te alumbraré para que no tropieces.

Y mientras trataba de llamarla hacia su lado, los demás chinos disparaban pistolas y redoblaban en un tambor para asustar al alma é impedir que huyera. Viendo al asomar el día que eran inútiles todos sus esfuerzos, los perseguidores se retiraron lanzando al alma, obstinada en dejar el cuerpo del posadero, injurias y maldiciones.

Los funerales me recuerdan los casamientos; he asistido despues de mi regreso á Canton á una boda china, y voy á decir algunas palabras sobre este asunto.

Los chinos se casan muy jóvenes; los maridos compran sus mujeres y pagan á los padres una cantidad fijada de antemano, además de la cual se dan arras antes de firmarse el contrato. La familia del esposo hace á la esposa un regalo de telas, alhajas y adornos. Los chinos pueden tener á mas de la legítima, mujeres que son como mancebas sometidas á aquella, y los hijos que nacen de ellas no tienen mas madre legal que la legítima.

Las formalidades necesarias para un casamiento son: 1.ª quedar acordes en la union; 2.ª informarse del nombre de la jóven, del mes y del día de su nacimiento; 3.ª consultar á los adivinos; 4.ª ofrecer regalos; 5.ª proponer el día de la boda; 6.ª ir á buscar á la esposa para llevarla á casa del esposo. El padre de la jóven responde á la petición de un modo muy humilde: « Mi hija es vulgar y falta de talento, la he instruido muy mal; pero ya que os dignais reparar en ella, me decido á obedecerlos y consiento en lo que deseais. » Esta fórmula no sorprenderá á los que recuerden lo que hemos dicho respecto de la condicion de las mujeres en China.

La boda á que asistí era la del hijo de uno de nuestros mas ricos hanistas. Los parientes y amigos se reunieron en la sala de los antepasados el día indicado para la ceremonia; el esposo se arrodilló y se prosternó ante los retratos de sus antecesores, y despues de recibir las órdenes de su padre, salió para ir á buscar á su esposa, escoltando su palanquin todos los convidados. Una ceremonia análoga se verificaba al mismo tiempo en casa de los padres de la novia; su madre le colocaba una corona y un velo en la cabeza y la presentaba á su esposo despues de exhortarla á que fuese obediente.

El novio, que se llamaba *Tesoro de Alegría*, al entrar en el patio donde le esperaba la familia de su novia, cuyo nombre era *Rocio Celestial*, entregó á su suegro un ánade. Nunca he podido averiguar la significacion de este regalo. *Tesoro de Alegría* y *Rocio Celestial*, que se veían por vez primera, se saludaron con la mayor finura y despues se arrodillaron. Terminada la oracion, los novios se dirigieron al domicilio conyugal en palanquines separados. El novio, que iba delante, esperaba á su esposa en la puerta, y la introdujo en su nueva morada donde estaba preparado el banquete de bodas. La mesa estaba puesta únicamente para los novios. *Rocio Celestial* se arrodilló delante de su marido, antes de sentarse; *Tesoro de Alegría* se levantó, dió de beber á su esposa y se volvió á sentar á la mesa. *Rocio Celestial* hizo la misma ceremonia. El vino de los dos vasos se mezcló en una copa que vaciaron, y terminado esto, dejamos á los esposos para pasar á la sala inmediata donde el padre presidía el banquete de los hombres, mientras en otro aposento la madre presidía el festin de las mujeres.

Volvámos á tomar el hilo interrumpido de nuestro viaje.

Al entrar por la tarde en una ciudad, que dista una jornada de Canton, hemos sido recibidos con magníficos fuegos artificiales, y todas las casas estaban iluminadas en celebracion de la *Fiesta de la labranza* que debia verificarse el día siguiente.

El mismo emperador debe hacer el principal papel en la ceremonia de labrar la tierra. El día que precede á esta solemnidad, la mas importante de cuantas se celebran en China, doce mandarines preparan el arado y el saco de las semillas, y los remiten al gobernador

de Pekin que los manda llevar con gran pompa al campo sagrado donde son depositados en el pabellon imperial. El mismo gobernador ha de designar por medio de unas banderolas encarnadas el sitio por donde debe pasar el arado de los príncipes y de los grandes del Estado.

Antes de dar principio á la fiesta, el hijo del cielo, rodeado de diez oficiales de su guardia, deja el traje de ceremonia, en lo cual le imitan los príncipes y los grandes, y se sacan de sus cubiertas de seda el arado, el látigo y el saco de las semillas.

El maestro de ceremonias, los mandarines de palacio y los demás dignatarios en ejercicio se reúnen en el extremo meridional del campo sagrado, mientras se forman en dos hileras los cuatro ancianos titulares, los catorce cantores, los cincuenta abanderados, los treinta y cuatro ancianos de Pekin y los treinta labradores de los tres órdenes llevando en la mano azadas, hoces y rastrillos.

Cuando suena la hora de empezar á arar, el maestro de ceremonias agita tres veces su bandera; los príncipes y los grandes acuden al sitio que les designan; los tres grandes dignatarios rodean al emperador que dá algunos pasos con el rostro vuelto hácia el mediodía, y el presidente del tribunal de ritos exclama: « Presentad el arado! Presentad el látigo! » El ministro de las rentas públicas ejecuta estas órdenes y presenta los objetos pedidos al emperador doblando una rodilla. Dos ancianos traen los bueyes y dos labradores del primer orden el arado, precedidos del presidente de ritos y del primer mandarin de agricultura. Cuando empiezan á moverse los bueyes, ondean todas las banderolas, los instrumentos músicos acompañan los cánticos y el hijo del cielo abre el surco imperial.

Hemos tenido que contentarnos con el gobernador de la provincia en vez del emperador. Era un mandarin muy obeso que demostraba su satisfaccion por la honra que le daba aquella ceremonia imperial, pero el sol de marzo lanzaba sus rayos sobre el campo sagrado haciendo que fuera poco envidiable la posicion del corpulento mandarin. Abrió un surco con majestad; mas nos convencimos por el sudor que bañaba su rostro de los esfuerzos prodigiosos que tenia que hacer para desempeñar exactamente la ceremonia. Si los bueyes hubieran dado un paso mas, el labrador no hubiese podido seguirlos y hubiese caido medio sofocado sobre el surco, lo cual le hubiera acarreado una séria reprimenda y tal vez la destitucion, porque en China no puede faltar impunemente á lo que exigen las ceremonias.

He entrado en mi habitacion de la factoría, resonando aun en mis oídos los ecos nada agradables de la música chinesca, reunida para contribuir á la pompa de la fiesta de la labranza. Un año de permanencia ha entibiado algun tanto mi entusiasmo por China, y debo decir que la abandonaria con gusto si no temiera ser ingrato para con M. Stipple que me colma de bondades. Permanezco pues en Canton, donde por distraccion me he entretenido en escribir el relato de mi viaje para enviárselo á mi tío de San Francisco, á quien prometí que cuanto antes le daría algunos datos sobre China.

FIN.

## EL PAJE FLOR-DE-MAYO.

POR M. PONSON DU TERRAIL.

(Continuacion.)

IV.

Era cerca de la una de la noche cuando Flor-de-Mayo, el vizconde, Amapola y Coronilla se pusieron en marcha.

Cualquiera que hubiese visto pasar á aquella mujer enlutada, y pálida como la figura alegórica de la tristeza eterna, escoltada por

aquellos tres hombres armados hasta los dientes, y guardando entre sí un profundo silencio, hubiera adivinado que aquellos cuatro personajes iban á cumplir una de esas misiones solemnes y terribles en que Dios parece dispensar á la criatura su supremo derecho de castigar. Besons distaba bastante de la ciudad; era preciso atravesar dos veces el Sena para llegar allí, y Coronilla y sus compañeros galoparon cerca de dos horas, tan pronto siguiendo la carretera, como atravesando campos para abreviar el trayecto. Por fin, cerca de las tres, al despuntar el alba (pues era á fines de junio), vieron dibujarse, á los primeros rayos de la aurora, las torrecillas puntiagudas de aquel castillejo enclavado en las colinas de Cornuailles.

— Mirad, dijo Amapola alargando la mano.

— Mientras no haya muerto... murmuró el vizconde.

— Ayer vivia aun, respondió Amapola: creo que sus heridas no son mortales.

Flor-de-Mayo no despegó los labios; pero adelantó su caballo bañado en sudor.

Tenia prisa de llegar.

El castillo que habitaba el caballero del Vernais no era una pesada construccion de la edad media, sino un edificio elegante que apenas se remontaba á la época del Renacimiento, desprovisto de terraplenes, puentes levadizos, fosos fangosos, y todos esos medios de defensa de que el feudalismo se complacia en rodearse.

Una simple verja cerraba la entrada, y esta verja permanecía abierta la mayor parte del tiempo.

Flor-de-Mayo no tuvo que hacer sino empujarla y entrar en el parque.

— Un instante, caballero, un instante! gritó Amapola.

Flor-de-Mayo se detuvo.

— ¿Qué quieres? dijo.

— Señor, contestó el honrado escudero, el caballero del Vernais está herido y en cama, y podría asustarse si entrásemos en su casa repentinamente y sin llamar. Permittedme pues que os anuncie y os introduzca.

Y Amapola, como persona que conoce perfectamente á los de la casa, hizo apeaar á sus tres compañeros al pié de la gradería exterior, llamó suavemente á Antonio, y le dijo, en el momento en que despertando sobresaltado sacaba su cabeza por una ventana del piso bajo:

— Antonio, amigo mio, he traído conmigo á dos caballeros y una dama á quienes tu amo aprecia infinito, y que quieren enterarse del estado de su salud.

— Vienen un poco de madrugada, refunfuñó el lacayo bostezando.

— ¿Qué diantre! dijo ingenuamente Amapola, vienen de lejos por ver al caballero, y no han calculado bien la distancia; ábrenos.

Antonio abrió: corría bien con Amapola que parecia hallarse allí como en su casa.

— Mi buen amigo, díjole el escudero, ¿está mejor tu amo?

— Sí, señor Amapola; pero sufre todavía.

— ¡Ah! exclamó el escudero con satisfaccion; ¿duerme?

— Creo que no.

— En ese caso, esto va bien; pues que si durmiese no quisiera despertarle. Pero como no espera la visita de estos dos caballeros y de esta dama, y la alegría que experimentarä podría trastornarle si fuese demasiado repentina, voy á prepararle entrando solo en su estancia.

Y dejando al criado el cuidado de introducir á Coronilla y á sus dos compañeros que se apeaban, Amapola subió con rapidez la escalera, abrió sucesivamente dos puertas, y penetró en el dormitorio del caballero del Vernais que dormitaba en su cama.

— ¿Quién está ahí? dijo el herido separando las cortinas de su alcoba y procurando ver, á la vacilante luz de una lamparilla, quién entraba de aquel modo en su cuarto á una hora tan intempestiva.

— Soy yo, querido señor de La Morliere, contestó con dulzura el escudero; soy Amapola, vuestro enemigo de ayer y vuestro amigo de hoy, que viene á saber cómo os sentais.

—¡Ah! exclamó el caballero con una forzada sonrisa; gracias por vuestra atenta visita, querido señor Amapola.

—Y bien! dijo el escudero sentándose sin ceremonia á la cabecera del enfermo, ¿cómo os encontráis hoy?

—Algo mejor, murmuró el caballero. Pero ¿cómo venís tan temprano, señor Amapola?

—Diantre! ayer no pude venir y estaba inquieto.

—¡Ah!

—Y luego tengo muchas cosas que noticiar á vuestra señoría.

—¿A mí?

—Sí; la visita de uno de vuestros amigos.

—¿Cuál?

—Primeramente, la del vizconde de Mailly.

El caballero se estremeció.

—Después...

—¿De quién? preguntó del Vernais con emoción.

—De mi querido y honorable amo el caballero de Chastenay.

—El! pero si está en la Bastilla! exclamó el caballero cuyos cabellos se le erizaron.

—Ha salido ya, mi querido señor de La Morliere.

—Salido! salido de la Bastilla!

—¡Ah! dijo Amapola, aparte de la alegría que esto os causa, veo que no estais menos asombrado que yo. Sí, señor, mi amo ha salido de la Bastilla, y su segunda visita es para vos.

El caballero procuró sonreír, pero solo pudo hacer un horrible visaje.

—¿Para quién, preguntó, ha sido pues la primera?

—¿Qué! dijo Amapola, ¿no lo adivináis...?

—No por cierto.

—Para la canonesa, voto á tal!

El caballero palideció, y sus manos se crisparon debajo del cubrecama.

—No se lo envidiais, murmuró Amapola con aparente ingenuidad; la ama!

—¿De veras? preguntó con sonrisa burlona.

—Y es correspondido, concluyó Amapola con calma; pero aun no os lo he dicho todo....

—¿Aun hay mas? dijo el caballero con visibles muestras de sobresalto.

—Hay otra persona que, ciertamente, causará una viva sorpresa al caballero... una dama.

—¿La canonesa tal vez?

—No, una dama que el caballero ha tratado mucho.

Del Vernais se estremeció.

Amapola no juzgó necesario nombrar la tercera persona, pero se levantó y abriendo la puerta:

—Hola! dijo, señor vizconde, señor de Chastenay! señora!

Al llamamiento de Amapola entraron tres personas.

El primero fué Flor-de-Mayo, cuyos ojos brillaban de ira; en seguida el vizconde, cuya palidez nerviosa patentizaba una gran emoción....

Ultimamente una mujer enlutada, con el rostro medio oculto por una máscara de terciopelo, y cuya triste mirada indicaba esa extraña agonía que experimentan aquellos que han sufrido un dolor sin tregua.

El caballero lanzó un grito.

Flor-de-Mayo tomó de la mano á su hermana y la condujo cerca de la cama.

—¿No es verdad, hermana mia, que hiciste un juramento á este caballero?

—Sí, contestó Coronilla volviendo la cabeza, como si la vista del Vernais le hubiese inspirado una repugnancia invencible.

—¿Un juramento solemne?

—Sí, respondió por medio de un signo.

—¿Sobre un crucifijo?

—Sí, repitió aun otra vez.

Acercóse entonces el vizconde como un hombre bruscamente despertado por el estampido del trueno. Toda su sangre se agolpó á su rostro, y sus ojos echaron llamas. Un temblor convulsivo agitó todo su cuerpo. Coronilla levantó su careta y apretó el brazo de su esposo como para pedirle que callase. Del Vernais habia recobrado un poco su presencia de ánimo, y el genio infernal de aquel hombre se abrió

paso en medio de su asombro y de su terror.

—La señora se engaña seguramente, respondió con cinismo, pues no me ha hecho ningún juramento.

—Mentís! exclamó Flor-de-Mayo.

—Caballero, dijo en tono de mofa del Vernais, es en verdad muy digno y noble insultar con un mentís á un hombre postrado en cama y moribundo.

Flor-de-Mayo no se dignó contestar, y volviéndose hácia su hermana:

—Señora, dijo, ¿juraríais que ese hombre ha mentido?

—Lo juro, dijo Coronilla con voz firme.

—Esto me basta.

Entonces volviéndose hácia el caballero le dijo:

—Os ruego que devolvais su juramento á mi hermana la vizcondesa de Mailly.

El caballero se volvió del otro lado sin contestar.

—Caballero, dijo Flor-de-Mayo trémulo de cólera, os mando...

—Deteneos, interrumpió diciendo el vizconde de Mailly con voz ronca. Del Vernais, á mí es á quien debéis dar cuenta...

Del Vernais miró á los tres. Un rayo de rabia satisfecha brilló en sus ojos. Luego en medio de un profundo silencio dijo estas palabras, con voz muy baja, pero firme:

—No tengo nada que decir, y nada diré.

El vizconde tomó una pistola de su cintura, montóla y la apuntó á la sien de del Vernais.

—Volved vuestra pistola á su sitio, señor vizconde, dijo Amapola con la mayor serenidad. El señor de La Morliere hará por mí de buen grado, lo que niega á vuestras amenazas.

Del Vernais dirigió una mirada suplicante á Amapola para quien pareció pasar desapercibida.

—Hace diez años, dijo, el caballero del Vernais, que se llamaba entonces el señor de La Morliere, y que tenia á su mando una compañía, fué encargado por un general de llevar un despacho, del que dependia la salvación del ejército. Cuando hubo pasado las avanzadas, el señor de La Morliere picó espuelas y se dirigió al campamento enemigo. Creyó que no sería observado; pero la casualidad... mejor, la Providencia... quiso que se me pusiera de centinela en las avanzadas.

Sorprendiome aquel cambio de itinerario, por lo que me adelanté, trepando, hasta una eminencia desde donde descubrí toda la llanura. Pronto ví al mensajero que apeándose de su caballo, daba una señal que fué contestada. Un oficial enemigo salió de detrás de un grupo de árboles, y el señor de La Morliere le entregó el despacho. Arrojáme en seguida para alcanzarles, bien seguro de que no harian uso de sus pistolas por no alarmar, pero huyeron al verme. Llevaba mi arcabuz y lo disparé al azar; no obstante el señor de La Morliere fué herido en su pierna izquierda... Mirad, caballero, añadió designando el sitio de la herida, á poca diferencia aquí... Vuestro compañero os colocó en su caballo, y procuró salvaros. Yo no tuve mas botín que vuestro caballo y vuestra maleta. Pobre botín, en verdad, pues el caballo estaba estropeado, y la maleta solo contenia una correspondencia sin ningún valor para mí... Pues bien, querido señor, difícilmente me creeréis: yo que en el ejército pasaba por un excelente fisonomista, me he visto apurado para reconocerlos desde el día que os ví, hará algunas semanas, bajo vuestro nuevo nombre... No, no; no os admiréis; la verdad es que os trasformais maravillosamente... En vano me decia que os habia visto en otra parte, pues no podia recordar en qué ocasion... Solamente después del encarcelamiento del caballero, leyendo vuestra correspondencia, que obraba en mi poder hacia diez años, encontré la prueba irrecusable de vuestra identidad, y el medio de enviaros á la plaza de la Greve, señor, cuando sea del agrado del pobre Amapola ó de su amo el señor de Chastenay.

Coronilla habia escuchado inmóvil la narración del escudero. Al concluir este, volviéndose hácia del Vernais, pero el caballero parecia anonadado.

—¿Qué nos importa un juramento hecho á

un traidor? exclamó Flor-de-Mayo. Habla, hermana mia. Esto es demasiado sufrir por un malvado!

—He jurado, dijo Coronilla.

—Pero es un juramento arrancado por la fuerza. Dios no lo ha recibido.

—Juré sobre un crucifijo...

—Pero este juramento es un crimen. No, es imposible! Hablarás...

—He jurado por el nombre de mi padre...

—Pues bien, por ese mismo nombre, por el de nuestro honor, yo, el jefe de la familia, te mando que hables...

—Señora... dijo el vizconde con los ojos llenos de lágrimas.

Coronilla le dirigió una mirada de inefable ternura con un gesto negativo; después, retirándose algunos pasos, se mantuvo inmóvil semejante á la estatua de la desesperación.

Reinó por unos momentos un silencio solemne.

Amapola lo rompió.

—Señor del Vernais, dijo, ya sabeis que tengo en mis manos vuestro honor y vuestra vida; pues bien, os juro por mi eterna salvación, que si no devolveis su juramento á esta señora, mañana serán entregadas las pruebas de vuestra traición en manos de monseñor el canceller.

El caballero palideció espantosamente, pero guardó silencio.

—¿Me comprendéis? dijo Amapola. La plaza de la Greve... el verdugo... la horca... pues á los traidores no se los decapita, se los cuelga...

Del Vernais hizo un movimiento rápido para llevar la mano á sus labios; pero Amapola fué mas listo que él y le arrancó una sortija que sin duda contenia veneno.

—Vamos, dijo, lo siento por la nobleza de Francia. Hé aquí un escudo que será roto por mano del verdugo. Ya encontraremos por ahí algun carro para conducir al caballero hasta el Chatelet...

—¿Me devolvéis los papeles, dijo del Vernais, si consiento?

—Aguardad, dijo Amapola; ¿librareis de su juramento á esta señora, y entregareis á mi amo la cajita de M. Fouquet...?

Un profundo asombro se pintó en los ojos de del Vernais.

—Vamos, decidíos, caballero. Pensad que no soy ya el único dueño de vuestro secreto.

—Consiento!

Del Vernais pronunció esta palabra en voz baja, pero fué oída por todos.

—¡Ah! gracias, Dios mio! dijo Coronilla juntando las manos; dadme fuerzas ahora para decirles que soy inocente y que este hombre ha sido mi perseguidor implacable y mi verdugo.

(Se continuará.)

## LA CONDESA BRIGNOLE.

La ciudad de Génova amaneció con el sol de sus mas hermosos dias para asistir al matrimonio del conde Brignole. La dársena estaba silenciosa, el puerto desierto delante de la fuente de San Cristóbal; las galerías dormían en las aguas tranquilas y azules que reflejaban el peristilo del palacio Doria. Todo el ruido se habia refugiado en la via San Lucas; toda la multitud amontonada en la vecindad *dei banchi*, se dirigía hácia San Lorenzo, la Catedral, inundando las calles estrechas y tortuosas que sofocan esta magnificencia gótica acuartelada de mármol blanco y negro.

Las genovesas son muy bellas, pero la condesa era mas bella que una genovesa; tenia diez y ocho años; jamás se han visto cabellos negros mas hermosos que los suyos sobre una frente mas pura y un rostro mas angelical: era citada en Italia, en una época en que la Italia tenia tantas mujeres que dar por modelos á los artistas sus hijos. El conde Brignole, el aliado de los Durazzo y de los Doria Tursi, habia hecho edificar, en la strada Balbi, un palacio digno de la adorable mujer á quien se unia.

La iglesia de San Lorenzo resplandecía de luces; toda la nobleza, salida de sus palacios de mármol, inundaba la grande nave y el santuario; la clase opulenta se hacinaba en las naves laterales; la muchedumbre curiosa se estrechaba en el angosto atrio, bajo el pórtico y en todos los sitios.

Nadie había ido allí para rogar; la reina de la fiesta religiosa se llamaba la condesa Brignole: difícil era verla arrodillada delante del altar; pero cuando se levantaba, y echando su velo atrás, se volvía un solo instante hacía las naves, entonces un murmullo de admiración subía á las bóvedas con las notas del canto gregoriano, y no se sabía si la multitud dirigía un himno de alabanzas á la condesa ó á la Virgen de la Asunción. Esto era el 15 del mes de agosto.

Se observaba también á algunos pasos, delante de los escalones del santuario, un jóven de una figura, de una mirada y de una actitud extraordinarias; no estaba vestido ni como un gran señor, ni como un hombre del pueblo, ni como un mercader. Había inventado un traje especial, todo de una pieza, de seda y terciopelo negro; su fiemblante estaba pálido; un bigote como ennegrecía su labio. No se arrodillaba, no rogaba, no se sentaba jamás. Miraba á la bella condesa con ojos de una misteriosa expresión, la miraba siempre. Estaba inmóvil, apoyado contra un pilar, y si algunas vivas emociones atormentaban su alma, no se transparentaban en su exterior. Al verlo así, se le hubiera tomado por un retrato desprendido de su cuadro é incrustado sobre un pilar de San Lorenzo. Este jóven era el pintor Antonio Van-Dick.

No pareció animarse sino en el momento en que las banderas y los estandartes de las cofradías descendieron del santuario á la grande nave, y que la estatua de plata de la Virgen conducida por cuatro marineros de la galera Doria, atravesó el gentío, como deslizándose por encima de las cabezas. Despues de la ceremonia del casamiento, la procesion empezó. La condesa Brignole marchaba despues de la Virgen, su esposo la seguía con un aire singularmente orgulloso. El noble conde estaba desprovisto de esa espiritual inteligencia que la naturaleza concede á todos los italianos. Cuando pasó por delante del pintor Van-Dick, el gran artista dijo al conde Pallavicini:

«Mi vida por un cuarto de hora de ese hombre.» Nadie oyó estas palabras que se perdieron entre un *Salve Regina* que el pueblo entonaba ruidosamente, quemando con sus mira-

das á la condesa Brignole que prodigaba limosnas á todos los conventos.

Van-Dick se mezcló con el noble cortejo y bajó con la procesion hacía el barrio de San Pedro de Arena. Era al caer el día; el sol se inclinaba sobre las hermosas aguas del golfo liguriano; las colinas resplandecían con una dulce luz; las campanas tocaban á vuelo; los buques saludaban con su artillería á las dos vírgenes triunfantes; las banderolas flotaban á merced de la brisa; la retama y el incienso perfumaban el aire; y cuando de entre todos esos ruidos alegres, de todos esos perfumes del mar y de las colinas, de todo ese movi-

detrás del palacio, del lado de la estatua del gigante. Allí se recogió para meditar. Amaba á la condesa, no con un amor vulgar, sino con una pasión de artista; la amaba hacia dos años; había visto cerrarse esta bella flor entre las ninfas del palacio Tursi, en medio de las fuentes y de los limoneros. El pintor no tenía nada que ofrecer á esas familias genovesas, mas opulentas que reyes; no tenía ni palacios de mármol, ni galerías en el puerto; se había siempre separado con el secreto de su amor. Un solo hombre había recibido sus confidencias, el conde Pallavicini; noble y generoso señor, habría dado su fortuna á

Van-Dick, pero su palacio y su villa magnífica le habían arruinado completamente.

Las fiestas, el canto, las campanas, la multitud habían distraído á Van-Dick. Ahora, aislado en el jardín de los Doria, soportaba todo el peso abrasador de su pasión. Contemplaba el mar, espectáculo sublime que entristece frecuentemente y no consuela nunca; miraba la soberbia Génova, sentada al sol sobre sus montañas, cantando su alegría con las campanas aéreas, asociando sobre la misma colina el austero convento y la ciudad llena de profanas voluptuosidades. Van-Dick cerraba sus ojos y golpeaba la frente. Entonces una brisa le llevaba la lejana melodía de la procesion, eco espirante, ligero, purificado en el espacio y dulce á su oído como una palabra italiana exhalada de los labios de la adorable condesa Brignole. Van-Dick, con el pecho quebrantado, se levantó vivamente y cogió su espada que había suspendido de la hoja de un álamo.

Bajó de la cima de este magnífico jardín, escarpado como una pirámide, atravesó el puente del enverjado al palacio echado sobre la calle, y entró en la galería donde había dejado al conde Pallavicini. La galería estaba desierta. Van-Dick no se dignó mirar ni los frescos nacionales de Pezino di Vaga, ni las estatuas de Felipe

Carlone; siguió las huellas de la procesion sobre un camino de flores. El clero de San Lorenzo había vuelto á entrar en la Catedral hacia largo tiempo; la multitud iba dispersándose; grupos todavía numerosos hablaban del matrimonio del día en la plaza de la *Anonciatta*. Van-Dick, al atravesarla, oyó pronunciar el nombre de la condesa, y ensalzar su belleza con ese entusiasmo ruidoso y contagioso que se advierte en todas las conversaciones al aire libre en los pueblos del mediodía. No se detuvo: la noche se aproximaba; deslizóse tímidamente en la strada Balbi, y una última y terrible emoción le ahoga-



DE MAC-MAHON (MARIA-EDME-PATRICIO MAURICIO)

DUQUE DE MAGENTA, GENERAL DE DIVISION, SENADOR, GRAN CRUZ DE LA LEGION DE HONOR, DE LA ORDEN DEL BAÑO, ETC.

GENERAL EN JEFE DEL SEGUNDO CUERPO DEL EJERCITO DE ITALIA.

miento de banderas, se lanzaba en coro el *Ave maris Stella*, Van-Dick sentía lágrimas sobre sus mejillas y estremecimientos en todo su cuerpo. El palacio Doria abrió sus puertas al clero de San Lorenzo. El *Ave maris Stella* resonó bajo las columnas que se avanzan sobre el agua; el himno virginal fué repetido á bordo de todas las galeras; parecía que el cielo, la tierra y el mar saludaban con un coro inmenso á la jóven esposa que brillaba como un astro bajo el pórtico de mármol del suntuoso palacio Doria.

Van-Dick salió de allí y subió á los jardines solitarios, que se elevan en anfiteatro



COMBATE DE MONTEBELLO; VERIFICADO EN 20 DE MAYO DE 1859.

ba, cuando descubrió el palacio Durazzo iluminado, empavesado, adornado de hermosas en todas sus terrazas y en el balcon de sus dos pabellones aéreos. El wals había empezado despues de la procesion, el delirio del baile conmovia ya este magnifico palacio, montaña de mármol bordada, festoneada, llena de escaleras ligeras y de esbeltas columnas. Van-Dick se apoyó sobre el muro del palacio Lerra, y quedó como extasiado en la contemplacion. Sufria con ese dolor de artista, que ningun signo, ninguna palabra, ninguna lengua pueden explicar; con este dolor tan cruelmente inventado por la naturaleza á fin de castigar á los hombres á quienes ella concede dones superiores, y que les son tan locamente envidiados por la multitud estúpida que no sufre.

Salió de este agudo desvarío aperciendo á la luz de las antorchas al conde Pallavicini que bajaba la grande escalera; tomó vivamente su brazo y le atrajo hácia la pequeña calle de San Ciro.

—Háblame de esa mujer; dime; ¿la has visto?

—Acabo de bailar con ella, dijo friamente Pallavicini.

—Dame tu mano para que la bese; ella ha tocado su mano.

—Artista, tú estás loco.

—Estoy desesperado.

—El tiempo te curará.

—Jamás.

—¡El me ha curado á mí! Yo he perdido mas que una mujer; he perdido dos palacios...

—¡Oh! yo daría toda la strada Balbi por un beso de ese ángel.

—Si la strada Balbi te perteneciese harías tus reflexiones.

—Daría mi vida.

—Eso es mas fácil. Pero veamos, ¿qué quieres hacer? Esa mujer está casada...

—Todavía nó.

—¿Cómo todavía nó? Yo he firmado su contrato de boda.

—Todavía nó, te digo!

—¡Ah! entiendo!... Y bien! hé aqui las diez que dan en San Carlos; dentro de dos horas se habrá casado...

—¡Ah! sí! maldicion á ese conde estúpido! Pero ¿qué culpa tiene él?

—El! él hace el marido; sigue á su mujer en todas las cuadrillas; la devora con los ojos;

le dice palabras al oído; mira su reloj á cada minuto; hace adelantar media hora la péndula del gran salón del baile; es dichoso, está loco.

—¿Y la mujer?

—La mujer baila; está deseosa de bailar; sale del convento y por lo tanto bailaría toda la noche y todo el siguiente día...

—Parece estar enamorada de su...

—Baila, te digo; cuando una joven baila, no piensa mas que en sí, en sus adornos y en su pareja.

—¡Loca!... y es por esos seres que nosotros nos consumimos, incendiando nuestros pechos; perdiendo nuestras almas, quebrantando vuestros cuerpos!... Y despues ellas nos dicen que aman mas que nosotros!... Atroz ironía!... Su amor de amante no es sino su amor propio; su amor de esposa una conspiracion de tocador; su amor de madre un instinto comun de la naturaleza... ¡Oh! yo deliro, mi cabeza arde; sostenme.

—Pobre amigo mio!

—¡Oh! tengo clavada en mi frente una idea intolerable! una idea que no es un tizon: una idea que no puedo apagar!... En dos horas!...

—Escucha, hablemos de otra cosa... ¿Has visto la marina de Arazzi que acaban de recibir en la villa Scoglietto?...

—No... Arazzi pinta marinas... En dos horas! un hombre...

—El no sobresale en las marinas...

—El no sobresale en nada...

—¡Ah! vaya una injusticia de artista! Su batalla del palacio Doria es una obra maestra.

—Su colorido es falso... ¿Oyes? ¿oyes? la música ha cesado ya; el baile ha concluido... Ven, volvamos á la strada Balbi...

—Están en un intermedio! no se puede bailar siempre; en este momento reposan, pero bailarán hasta ser de día.

—Sí, las otras, pero ella!...

—Ella... ella tambien, puede ser... ¿Cómo encuentras tú los frescos de Pezino di Vaga?...

—¿Te agrada ese talento?

—No... es comun, es grosero de ejecucion... Y bien, la música no repite... Ha concluido! ha concluido!...

—Volverá á comenzar... Quiero hacerte un regalo, el último cuadro que me resta... es una virgen de Giordano...

—Ven, vamos al palacio Durazzo.

—¿Qué dices tú de Giordano?

—Un embadurnador... un pintor de galeas... guarda tu cuadro... Dios mio! qué horrible día... La iglesia, el incienso, las flores! *Ave maris Stella*, el mar, el cántico, las locuras, el baile, el amor; el amor inexorable! Es un día sofocante con las llamas del infierno para mí; para los demás embalsamado por las rosas del paraíso... Vamos á la casa Durazzo... Ven...

Volvieron á subir la pequeña calle escarpada de San Ciro y se sentaron sobre un gran pedazo de mármol que trabajaban para el palacio Lerra. La música del baile se oía de nuevo; pero había sobre las terrazas menos ruido, menos gente, menos alegría.

—Es la agonía del baile, dijo Van-Dick con voz sorda; es la mía tambien... Y se levantó vivamente.

—Mira allí... mira esas cuatro ventanas que cierran... ¿Sabes tú cual es ese cuarto?... Yo lo sé! Es el cuarto del señor... Conde Pallavicini, ¿sois mi amigo?

—Tu amistad es todo lo que me resta de mi fortuna y quiero conservarla.

—Pues bien! la noche corre, la hora abraza, la sangre inflama mi corazón: voy á morir si tú no me asistes. Sube al palacio Durazzo, solicita hablar al conde en secreto; que esté en el salón ó en su cuarto, le dirás que el enemigo de su padre, el marqués de Gippino, le espera en el pozo del Valle del Lervino, con su espada y su puñal; que Gippino se dirige apresuradamente á Florencia, y no se detiene sino un instante bajo los muros de Génova para un duelo á muerte; que una negativa será una infamia para él, un retraso cobardía. Vé, vé! las luces se apagan, las mujeres acompañan á la condesa al lecho nupcial; no me respondas, vé.

—Voy, dijo friamente Pallavicini.

El conde Brignole recibía los cumplimen-

tos de algunos jóvenes señores, sus amigos, cuando vió entrar misteriosamente á Pallavicini, que le hizo una seña. Retiráronse á uno de los pabellones que dominaban la calle. Pallavicini tomando un aire grave dijo al conde:

—¿Conoceis al marqués Gippino?

—No le conozco, dijo el conde, pero sé que un odio mortal ha reinado entre mi padre y él.

—Su hijo os espera en el pozo del Valle del Lervino: me ha elegido por su segundo; antes que vuestros amigos se alejen, elegid el vuestro.

El conde Brignole permaneció mudo.

—Conde Brignole, mi palabra no es bastante clara?

—No rehuso satisfacción á un Gippino; se la daré mañana.

—Mañana vuestro enemigo estará camino de Florencia y publicará por todas partes vuestra deshonra.

—Hé aquí un singular momento para desaffio! y bien! sea; le pido una hora... Y se dirigió hácia su cuarto.

—Una hora! dijo Pallavicini deteniéndole; no tengo la facultad de daros ni un minuto de próroga; hemos perdido ya mucho tiempo...

—Pero al menos el tiempo de abrazar á mi mujer...

—Nada; el tiempo de tomar vuestras armas, hé aquí todo; cada minuto que pase, quita un grano de oro á vuestro blasón.

—Pero esto es una tiranía inconcebible! Reconozco bien por ese rasgo á los Gippinos, tales como mi padre me los ha pintado cien veces. Hé aquí mi espada: vamos! Y volviéndose hácia el grupo de amigos de quienes se acababa de separar, dijo:

—San Gallo, os ruego me acompañeis hasta la iglesia de la Consolacion.

—Vais á rogar bien lejos antes de acostaros, dijo San Gallo sonriéndose.

—Así es, replicó friamente el conde; ¿queréis acompañarme?

Los tres actores de esta escena bajaron á la calle y marcharon silenciosamente hasta la poterna; allí encontraron un hombre envuelto en una capa que parecia esperarles.

—Es nuestro campeón sin duda, dijo el conde Brignole.

—El es, respondió Pallavicini.

—¿Vos conociais, pues, á Gippino?

—De manera alguna; él me ha encontrado en la strada Balbi; me ha preguntado si yo era noble; me ha explicado su negocio y he aceptado.

—Habeis hecho bien; al menos con vos podemos estar seguros de ninguna emboscada.

—Esto es lo que he pensado.

—Gracias.

Entraron en el campo: Van-Dick iba el primero; antes de dar una docena de pasos, se detuvo en un bosquecillo de tamarindos, cuyo sombrío ramaje aumentaba aun la oscuridad de la noche.

—¿Es aquí, conde Gippino, dónde inaugurarais nuestra liza?

—Os prevengo; continuó Brignole, que voy á defenderme vigorosamente, pues no quiero hacer una viuda la primera noche de mis bodas.

Van-Dick brincó sobre el terreno y se puso en guardia. Los dos adversarios cruzaron sus aceros. El combate no fué largo. Van-Dick recibió una violenta estocada en el brazo derecho; débil de constitucion y ya predispuesto á los ataques de la tisis que lo consumió joven aun, desfallecido además por todas las angustias de este terrible día, cayó sin fuerzas sobre el césped.

—Voy á enviaros un cirujano, dijo friamente el conde Brignole.

Y partió en union de San Gallo.

Pallavicini prodigaba sus cuidados al desgraciado artista herido.

—Amigo mio, le dijo Van-Dick, tengo bastante oro para volver á comprar tu palacio y tu villa; te lo doy. Corre en pos de ese hombre y bátete con él; tú serás mas afortunado que yo, tú le matarás.

—Tu sangre corre y es menester atajarla: cálmate!

—Déjala correr, déjame morir... sabes que él va á entrar en triunfo en su palacio; ¡qué lágrimas de alegría, qué caricias de fuego le

esperan allí! el paraíso va á abrirse para él, el infierno para mí! Vé, te digo, detén á ese hombre antes que llegue á las puertas!

—Cálmate, cálmate! te digo. Mañana reflexionaremos. Déjame pulsarte.

—¡Ah! tienes miedo!

—Vamos! ahora me insulta.

—Y bien! yo correré hasta alcanzarle, deja... deja... yo voy... maldición!

Y se desmayó.

Cuando volvió en sí, el día comenzaba á despuntar sobre la cresta de los Apeninos.

—¡Qué horrible sueño! fueron sus primeras palabras.

Dirigió en torno suyo miradas extraviadas y besó las manos de Pallavicini regándolas con sus lágrimas; despues, designando con el dedo el césped ensangrentado, sonrió con melancolia, y levantó los ojos al cielo con una expresion que solamente las grandes almas pueden dar á su rostro en las horas de desesperacion consumada.

—¿Te sientes bastante fuerte para entrar en la ciudad? dijo Pallavicini.

—Sí... pero ¿qué haré en la ciudad ahora?... Perdido todo... mira como el sol se levanta riendo! como la naturaleza está alegre! He oido cantar la alondra esta mañana en sueños... ¿Qué importa mi desgracia á la naturaleza?... Si ella vistiese un manto negro por cada ser que sufre, seria un duelo eterno... Está bien! está bien! Cúbrete de azul y de oro, hermoso cielo de Italia; eso alegra la miseria de tus hijos.

—Creo que podríamos entrar, observó tranquilamente Pallavicini.

—¡Oh! tú, tú eres de mármol, como la villa que has hecho construir... ¿Has amado alguna vez?

—Ciertamente.

—Y bien, ¿qué has hecho entonces?

—Me he consolado.

—Calla, es singular; tu palabra me calma.

Dame tu mano que la estreche, me consuelas.

—Vive Dios! hété ya en convalecencia! Toma mi brazo y ganemos la ciudad paseándonos. Escucha: la condesa Bri...

—¡Oh! no pronuncies su nombre!

—Sea, la condesa es bella, incomparablemente bella, es verdad; tiene un color de rosa trasparente, ojos luminosos y azules como el golfo de Génova, labios de coral, dientes de perlas, cuello de nácar, espaldas torneadas con amor, un talle, ¡oh! un talle! No conozco sino una mujer que tenga un talle como ella: es la Vénus de tu amigo Ticiano de Venecia. En cuanto á su talento, á sus cualidades de corazón y de alma, no me has hablado jamás; veo que te cuidas bien poco de eso... Así, dame veinte y cuatro horas y te presentaré otra condesa Brignole.

—¡Oh! cállate! cállate! imposible!

—Imposible! quiero darte algo mejor que la condesa Brignole... yo he perdido mi palacio; que me den uno mas bello y me consuelo en seguida, á fe de gran señor! Bueno!... te sonries, ya vamos mejor. Deja á un lado las alondras que cantan y la naturaleza que se burla de tí; habla razonablemente. Amigo mio, todas las condesas de Italia no valen la sangre que acaba de salir de tus venas de artista...

—Pero sepamos, ¿de qué otra mujer quieres hablar?

—Bendita sea nuestra Señora del Remedio que está en la calle donde vamos á entrar! Ya estás curado! ¡Ah! te interesas ya por otra mujer!...

—Es pura curiosidad...

—Ya entiendo... ¡Oh! Dios mio! el amor de un artista no es, creo yo, sino una curiosidad delirante. Si la Vénus de la villa Adriani estuviera enterrada á mil piés bajo tierra, te harías sepulturero para exhumarla, verla y abrazarla el primero.

—Es verdad.

—Vosotros sois hombres engañados por vuestros sentidos; tambien vuestra inconstancia es cosa pasada en proverbio; haceis un museo de queridas como un gabinete de pinturas, es vuestro oficio; estudiáis la naturaleza, no veis mas que un modelo allí donde otro hombre encontraría el objeto ideal y soñado de una platónica é inmortal pasion. Y

bien! quiero darte un modelo que haria morir de celos á la misma Vénus afroditá en su baño.

—¿Su nombre?

—Mañana lo sabrás. Hoy cúrate la calentura y duerme.

Hablando así los dos amigos llegaron á la puerta de su casa situada en la plaza de la *Anonciatta*. La ciudad estaba aun sumergida en el sueño. Se llamó á un cirujano que encontró la herida muy ligera, á pesar de la abundancia de sangre perdida, y no aconsejó mas régimen que veinte y cuatro horas de reposo.

Al día siguiente á medio día, un criado con la librea de Brignole, portador de una misiva, entraba en la habitacion de Van-Dick. Pallavicini vestía al artista, que se hallaba aun débil y muy pálido. El conde Brignole rogaba á Van-Dick que se presentase en su palacio.

—Hé aquí un extraño incidente, dijo el pintor, ¿qué me querrá el conde?... No me conoce, no me ha visto jamás.

—Es preciso ir á verle, dijo Pallavicini. ¿Quieres que te acompañe?

—Ciertamente, temo ir solo... es algun lazo infernal... El conde ha sospechado algo... ¡Oh! pronto, pronto, al palacio de Durazzo.

—Esto me incomoda, temo una recaída para tí, vas á verla, y...

—¿Verla? nunca! nunca! veré al conde, no tengo necesidad de ver sino al conde. ¡Oh! verla! Espiraría delante de ella de vergüenza, de celos, de desesperacion... Ven...

—No estás bastante tranquilo para arriesgarte á esta visita... Deberíamos esperar á mañana ó á esta tarde....

—Ni un minuto mas...

—¡Ay! hete ahí otra vez recaído...

—¡Oh! no me conoces! ha concluido, te digo; esto no es mas que un recuerdo, un sueño penoso... Vamos á Durazzo.

—Vamos.

(Se continuará.)

## UNA ACTRIZ CARMELITA.

POR M. A. DE LAVOPIERRE.

Se ha ensalzado con razon el sacrificio de la hermosa duquesa de La Vallière, la edificante penitencia de la duquesa de Longueville, la heróica de las guerras de la Fronda, y la piadosa constancia de la noble Luisa de Marillac, la amiga de san Vicente de Paul, émula en los prodigios de caridad del apóstol de los siglos modernós; pero ningun escritor ha tratado de popularizar á una mujer de oscuro nacimiento en verdad, pero que se hizo ilustre en el siglo xviii por su talento y su hermosura; hablamos de la señorita Gautier, admitida en el Teatro Francés en 1716, y que se retiró en 1726 para dedicarse en el claustro á las prácticas de la mas austera penitencia y á los ejercicios de la mas ferviente devocion.

La señorita Gautier era alta, bien formada y de rostro expresivo é inteligente. La naturaleza la habia dotado de todas las cualidades del cuerpo y del alma; hacia versos con facilidad y elegancia, pintaba en miniatura, grababa al agua fuerte con rara perfeccion, y manejaba el florete con tal gracia y destreza que admiraba á los mas hábiles en el arte de la esgrima. La señorita Gautier tenia una fuerza prodigiosa para su sexo, y las Memorias de la época hablan con admiracion de la lucha á puñetazos que sostuvo contra el mariscal de Sajonia. Es verdad que fué vencida, pero el futuro vencedor de Fontenoy y de Lawfeld decia que de cuantos se habian atrevido á luchar con él, nadie se habia resistido tanto rato como la señorita Gautier.

Su robustez y su fuerza prestaron mas de una vez preciosos servicios á la humanidad y á la amistad. Citaremos un ejemplo en apoyo de nuestro aserto.

En 1718 se prendió fuego durante la noche al hospital del Hotel-Dieu. La señorita Gautier estaba cenando con algunas de sus amigas en casa de Coliker, el conserje del Louvre que era al mismo tiempo fondista, cuando

recibió tan triste noticia, y sin participar á nadie su proyecto, se levantó de la mesa, corrió á su coche, se dirigió al hospital y se lanzó con intrepidez á las salas mas expuestas á las llamas.

Seis veces penetra en aquellas salas invadidas ya por un espeso humo, y otras tantas sale victoriosa llevando en sus brazos dos ó tres enfermos que va á depositar en la nave de Nuestra Señora, abierta como siempre para el bien de los pobres y los afligidos.

El pueblo, activo espectador de tanto valor, no comprendia en un principio la accion heróica de una mujer que, resplandeciente de diamantes y cargada con los ricos atavíos de la opulencia, arrostraba los peligros del incendio y la repugnancia del hospital. Sin embargo, el pueblo, que tanto instinto tiene para apreciar las nobles acciones, no tardó en alentar los esfuerzos de la señorita Gautier con aplausos y vivas, y fué tal el entusiasmo que los marineros del puerto de granos se empeñaron en desuncir los caballos para llevarla en triunfo á su casa. La actriz se vió en apuros para disuadirles, y únicamente obedecieron imponiendo la condicion de ir el día siguiente á regalarla un ramo de laureles y de rosas, símbolo entonces del valor y la hermosura.

La señorita Gautier era orgullosa y violenta y no podia ofrecerse como ejemplo de castidad y modestia. Aficionada al fausto, al lujo y á la pompa de la corte y del mundo, escogia sus adoradores entre los que brillaban por su cuna ó por su riqueza. Entre sus amantes se cuentan el gran mariscal de Wurtemberg y el conde de Chemorelles, hijo y agregado del marqués de Sommersy, ayo de Luis XV.

La señorita Gautier que nunca habia sentido verdadero amor por ninguno de sus amantes, se enamoró violentamente de Quinault-Dufresne, su compañero en el Teatro Francés y uno de los cómicos mas amables, elegantes y agraciados que hayan pisado jamás las tablas de la escena francesa. Quinault-Dufresne hizo ver que amaba á la señorita Gautier durante algunos meses, es decir, el tiempo necesario para devorar treinta ó cuarenta mil libras que conservaba la amiga del conde de Chemorelles, y cuando ella le propuso el casamiento para legitimar su amor, Quinault se negó y partió á Inglaterra encargado de una mision dramática que tuvo la habilidad de pedir y la dicha de alcanzar del primer gentilhombre de cámara del rey.

La señorita Gautier profundamente afligida por esta ingratitud, quedó sumida en una negra melancolía y en un abatimiento que no lograron disipar los aplausos del público. El poeta Moncrif que fué amigo suyo, atribuye la vocacion de la señorita Gautier al abandono de un hombre que no era digno de su amor ni de su fidelidad.

La actriz tomó entonces el velo y entró en un convento de Carmelitas. Efectuóse desde luego, dice un escritor contemporáneo, una completa revolucion en su carácter; no echó de menos el mundo y fué un modelo de humildad cristiana hasta la muerte.

## BIOGRAFÍA.

M. de Mac-Mahon, cuyo retrato publicamos en este número, nació en 1808. Entró en la escuela especial militar en 1825 y en 1827 en la de Estado Mayor. Tomó parte en la expedicion de Argel, en la campaña de Bélgica y en el sitio de Amberes, por lo cual fué decorado con las órdenes de la Legion de Honor y de Leopoldo. Nombrósele capitán en 1833, y fué sucesivamente ayudante de los generales Bellair, Bro, Damremont y de Hondetot, que mandaron en Africa. En el asalto de Constantina recibió un balazo en el pecho y mereció el grado de oficial de la Legion de Honor. En 1840 es nombrado comandante del 1.º batallón de cazadores de Vincennes; en 1842, teniente coronel de la legion extranjera; en 1845, coronel del 41 de linea, y toma parte en todas las expediciones de Africa.—En 1848 se le nombra brigadier y se le encarga el mando

de la division de Heman, y mas tarde se le confia el mando superior de las provincias de Oran y de Constantina, siendo general de division desde 1852.

En 1855 hizo la campaña de Crimea y se coronó de gloria en la toma de Malakoff.—La última campaña de la Kabalia le valió la medalla militar; y tenia aun el mando de las fuerzas de mar y tierra en Argel, cuando el Emperador le eligió para confiarle el 2.º cuerpo del ejército expedicionario de Italia.—La jornada del día 4 de junio le valió el titulo de duque de Magenta, por haber decidido la victoria á favor de los aliados tomando esta poblacion que era el punto objetivo de los combatientes.

## Crónica de la guerra de Italia.

El 26 de abril, día en que espiraba el plazo fijado por el ultimatum que el Austria envió al Piamonte, los exploradores austriacos pasan el Tesino y se extienden por su ribera derecha.

El 27, las tropas francesas desembarcan en Génova y por otro lado empiezan á pasar los Alpes.

El 29, todo el ejército austriaco pasa el Tesino.

El 30, el general Giulay establece su cuartel general en Mortara y hace adelantar parte de sus tropas hasta Novara.

El 1.º de mayo, las tropas francesas llegan á Alejandría y el día 2 ocupan el valle del Scrivia.

El mismo día 1.º, 15.000 austriacos se adelantan hácia el Sesia y se posesionan en Sannazaro.

El 2, entran en Verceil.

El 3, una partida se corre hácia la izquierda y pasa el Pó en Cambio, en la direccion de Tortona, y construye puentes para poner en comunicacion á Tortona con Mortara. Intentan un reconocimiento por la parte de Frassineto y son rechazados.

El 4, los austriacos ocupan á Voghera.

El 5, avanzan hasta Tortona por un lado y hácia Trino por otro.

El 6, los de Tortona se replegan á Casei y los de Trino á Verceil.

El 9, un cuerpo austriaco de 8.000 hombres, con 26 cañones, que se habia adelantado hasta Tronzano, llega á Livorno, amenazando á Turin.

El 10, el cuerpo que habia avanzado hasta Livorno se replega á Verceil.—El emperador de los franceses sale de París, despues de haber confiado la regencia en manos de la emperatriz.

El 12, el emperador llega á Génova.

El 14, pasa á Alejandría, donde establece su cuartel general.—El rey de Cerdeña, que salió de Turin el día 1.º, establece su cuartel general en Occimiano.

Los austriacos operan un movimiento de concentracion hácia su izquierda, á la orilla derecha del Pó, cerca de Stradella.

El 19, el ejército piamontés ocupa Stradella.

El 20, una columna austriaca ocupa Casteggio, y arroja de Montebello una partida de caballería piamontesa mandada por el general Sonnaz, que estaba allí de avanzada. Al avanzar hasta Ginestrello, los austriacos se encontraron con la columna del general Forey, que les desalojó de sus posiciones. En esta accion, en que hubo bastantes pérdidas por ambas partes, murió el general francés Beuret.

El 21, los austriacos vencidos en Montebello se retiran á Stradella.

El 22, el general Cialdini forzó el paso del Sesia, cerca de Verceil, por medio de una hábil maniobra.

El 30, el ejército piamontés, mandado por el rey, pasó el Sesia y desalojó de sus atrincheramientos á los austriacos posesionados en Casale, Vinzaglio y Palestro, tomándoles dos cañones.

El 31, los austriacos atacaron con energia al rey de Cerdeña y se esforzaron por impedir que las tropas aliadas pasaran el rio; pero los sardos, sostenidos por la division del general Trochu, rechazaron al enemigo. El tercer regimiento de zuavos, que tomó parte en esta accion, se apoderó de 9 cañones y de 700 prisioneros.

El 1.º de junio, las tropas francesas que habian pasado el Sesia continuan avanzando.

El 2, el emperador establece su cuartel general en Novara y envia sus avanzadas á la vista del puente de Bufalora y al paso del Túrbigio.

El 3 el ejército sardo y Canrobert llegan á Galiata y Frescate, á tiempo que Mac-Mahon con una division de la guardia pasa el Tesino.

El 4, paso del Tesino por las tropas francesas y batalla de Magenta, en que ambos ejércitos experimentan pérdidas de consideracion. Segun el parte del general Giulay, los austriacos perdieron en esta batalla 5.803 muertos ó heridos y 4.000 prisioneros, resultando heridos los generales Reischach, Sobzelter y Durfeld y otros dos. Los franceses confiesan una pérdida de 4.444 hombres muertos, heridos ó prisioneros. Entre los muertos se cuenta al general Espinasse, ayudante del emperador, y al general Clerc, de la guardia imperial.

Aquí termina la primera parte de la campaña.



Seis veces penetra en las salas invadidas por espeso humo. (Pág. 287, col. 2.ª)

## LA CIENCIA PARA TODOS.

(Continuación.)

429. ¿Por qué hay algunas partes en la tierra en las cuales no llueve nunca?

Porque estando situadas en latitudes tórridas ó tropicales, y á mucha distancia del océano, la atmósfera que hay encima de ellas se mantiene siempre en un estado de sequedad.

430. ¿Cuándo se dice que el aire está saturado de vapor?

Cuando no puede absorber mas cantidad del que contiene ya.

431. ¿Qué proporcion de agua puede sostener el aire en forma de vapor?

La cantidad de agua tenida en suspension por él, guarda por término medio la siguiente proporcion: mil piés cúbicos de aire contienen una cantidad de vapor que condensado en agua daría dos quintos de pinta.

Pero mil piés cúbicos de aire pueden contener media pinta de agua; este puede considerarse como el punto de saturacion.

(Por consiguiente, en un cuarto de diez piés cuadrados y diez de altura, el aire, al punto de saturacion, contendría media pinta de agua en forma de vapor. Es preciso no olvidar, sin embargo, que el punto de saturacion varia necesariamente con la temperatura del aire.)

432. ¿Por qué no son siempre húmedos los días y las noches nubladas?

Porque el aire no ha llegado al estado de saturacion.

433. ¿Por qué la lluvia purifica el aire?

Porque pone en movimiento las partículas que contiene, ó que están mezcladas con él; y

porque precipita los vapores nocivos y limpia la superficie de la tierra de acumulaciones insalubres.

434. ¿Por qué llueve mas en los países montañosos que en los llanos?

Porque las montañas atraen las nubes; y porque las nubes que corren por terrenos llanos son impelidas á los costados de los montes, y, ascendiendo al llegar allí, encuentran corrientes frias de aire.

435. ¿Por qué llueve mas de noche que de día?

Porque de noche la temperatura del aire, calentada durante el día, declina á ese grado que condensa sus vapores en lluvia.

436. ¿Por qué los manojos secos de alga marina indican la probabilidad de una próxima lluvia?

Porque absorben prontamente la humedad, y cuando se ponen blandos y húmedos indican que el aire se acerca al punto de saturacion.

437. ¿Por qué esos juguetes en forma de barómetro predicen la probabilidad de lluvia?

Porque están hechos con un pedazo de cuerda de violin que se hincha con la humedad y se encoge á medida que se hincha. La cuerda de violin está dispuesta de manera que cuando se encoge hace dar vueltas á una varilla que hace salir á un hombre fuera de la casita; y cuando se seca hace salir una mujer. Por consiguiente, cuando se deja ver el hombre es señal de humedad, y al contrario, indica tiempo seco cuando aparece la mujer.

(Hay otra especie de barómetro de quinquillería llamado «el Capuchino» construido bajo el mismo principio: La figura levanta una capucha sobre su cabeza cuando hace humedad y se la quita en tiempo seco. En este caso se emplea tambien un pedazo de cuerda de violin. Por este mismo sistema se pueden construir barómetros de diferentes formas, y entre otros una pequeña sombrilla que se abre cuando viene tiempo húmedo y que vuelve á cerrarse cuando hace buen tiempo.

Un sugeto fabricó una vez un caballo de madera,

el cual, dijo, cruzaría una sala sin ninguna especie de máquina. Nadie quería creer en ello, y para probar que era verdad, púsose el caballo en un cuarto arrimado á un lado de la pared. Cerróse el cuarto con llave para que nadie pudiese intervenir en el experimento. Al cabo de algun tiempo la puerta fué abierta y vióse que el caballo habia cruzado la habitacion y que estaba á la parte opuesta. El caballo era de una madera particular, sujeta á una grande expansion en tiempo de humedad, y cortada de manera que produjese el mayor movimiento de prolongacion posible. Las herraduras de los piés delanteros estaban dispuestas de modo que no podian retroceder, á fin de que, al contraerse, la madera tuviese precisamente que hacerlo hácia adelante. Despues de esta explicacion es fácil comprender como cruzaba la habitacion el caballo de madera.)

438. ¿Por qué los rizos de las señoras se ponen lacios cuando se acerca tiempo húmedo?

Porque el cabello absorbe la humedad, la cual hace que los bucles pierdan sus espirales relajándose.

439. ¿Por qué en los países montañosos se dice que viene lluvia cuando las montañas se ponen «su gorro de dormir»?

Porque las nubes descienden cuando están cargadas de vapor, y siendo atraídas por las cimas de las montañas se dice que estas se ponen el «gorro.»

440. ¿Qué es nieve?

Vapor congelado que hubiese sido lluvia, pero que la frialdad del aire ha helado en su descenso convirtiéndolo en formas cristalinas.

441. ¿Por qué es blanca la nieve?

Porque refleja todos los rayos componentes de la luz.

(Se continuará.)

Por todo lo que antecede, F. GABAÑACH, editor responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.